



Nuestra Buena Guía

No había visto esta fotografía desde el día en que fue tomada, hasta ahora. Aun así, puedo decirte todo lo que quieras saber de ella. El niño de la izquierda es Shocky; el de la derecha es Duncan, que solía venir a la escuela con galletas en el bolsillo. Ahora, inexplicablemente, está casado. La niña de la izquierda es Mimi Toolan, y la de la derecha soy yo.

En el momento en que se tomó la fotografía, principalmente me preguntaba si Mimi volvería a invitarme a su casa después de la escuela. Su mamá la dejaba jugar con su maquillaje, lo que la mía no permitía, definitivamente, aunque yo era madura y sofisticada.

También estaba pensando "OH-DIOS-MÍO: ¡Shocky puso su mano en mi hombro!". Una vez, justo antes de Navidad, me las arreglé para convencer a Shocky de que fuera mi compañero en una actividad de la clase. Esto debió propiciar un momento de contacto físico porque era un juego de confianza, sólo que resultó que Shocky no era digno de confianza. Y para cuando se tomó la fotografía, Shocky ya tenía el récord de doscientos treinta y siete días ininterrumpidos sin notar mi existencia.

¿Cómo recuerdo con tanta claridad lo que pensaba? Porque ésos eran los únicos pensamientos que tenía en los primeros dos trimestres de sexto año:

- 1. Mimi, ¿puedo volver a ir a tu casa?
- 2. Shocky, por favor, mírame.

Además, esta fotografía fue tomada en el trimestre de verano de sexto año. Y ¿acaso no todos recuerdan todo acerca del último verano de la escuela primaria? El día de deportes, el viaje de graduación, la foto de graduación, las interminables pláticas acerca de a cuál escuela irías y las promesas de mantener la amistad pese a estar en una escuela diferente. Todo el mundo firmando las camisas de

los demás en esa última tarde. Y todo el tiempo tuviste la sensación de que, día a día, centímetro a centímetro, una puerta se iba abriendo y el sol iba entrando, y en cualquier momento te darían permiso de cruzar por esa puerta, riendo y gritando tan alto que ni siquiera alcanzarías a oír cuando se cerrara para siempre detrás de ti.

Puedo decirte cuándo la tomaron. Era la segunda semana del trimestre de verano. Durante el descanso de la mañana, Mimi divisó a dos chicos —uno grande y otro pequeño, el grande sujetaba la mano del pequeño— que miraban a través de la reja del patio. El pequeño llevaba un gorro de piel, y ambos tenían abrigos idénticos. Abrigos de locos: largos como camisones, con forro de piel. Pero cualquier abrigo habría parecido una locura: el sol caía a plomo. El asfalto del estacionamiento se derretía. Todos los demás llevaban camisetas.

Mimi se les acercó y preguntó:

-¿Qué están mirando?

El grande se llevó un dedo a los labios, le indicó que se callara y dijo "Haz caso a tu maestra". Señaló a la maestra Spendlove y, en ese momento, ella hizo sonar el silbato que anunciaba el fin del descanso, como si él hubiera sabido lo que la maestra iba a hacer.

Cuando nos formamos, esos dos estaban de pronto parados detrás de mí. Yo observaba al pequeño, que tenía el gorro encasquetado hasta los ojos. Se veía muy incómodo; me daban ganas de arreglárselo, pero el grande puso su mano bajo mi barbilla y movió mi cabeza en otra dirección.

—No lo mires —dijo.

Sentí deseos de abofetearlo, francamente. Pero antes de que pudiera hacer algo al respecto, la maestra Spendlove estaba conduciéndonos al salón. Los dos niños se fueron derechito al fondo y el pequeño se instaló como si nada en el que supuestamente era mi lugar. Me quedé ahí parada, mirándolo fijamente, pensando que se daría cuenta. Pero no.

La maestra Spendlove dijo:

—Escuchen todos, me gustaría que le brindaran una gran bienvenida a un nuevo integrante de nuestro grupo. Un integrante alegre, espero. Él es Genghis.

Todo el mundo dijo "Hola", excepto yo, que dije:

-¿Y qué hay del otro, maestra? ¿Cómo se llama?

No se había fijado en el pequeño hasta ese momento.

- —Ay, Genghis —dijo—; me temo que tu hermanito no va en este grupo. Él está en el grupo de la maestra Hoyle, justo a un lado del pasillo.
- —No —dijo Genghis—; mi hermanito está en este grupo. Mire, aquí está, junto a mí.

Todo el mundo rio, menos la maestra Spendlove.

—Perdón, perdón —dijo—: quise decir que pertenece al grupo de la maestra Hoyle.

La maestra nos hacía señas con las manos a los demás para que nos calláramos, mortificada porque pensó que por su culpa nos estábamos riendo de Genghis. Yo estaba parada a su lado y me di cuenta de que no se había equivocado: él se estaba atrincherando.

—Julie, ¿podrías enseñarle al hermano de Genghis dónde está el salón de la maestra Hoyle?

Claro que podía, por una razón: quería que abandonara mi lugar.

Sin embargo, tan pronto como me acerqué al pequeño, el grande levantó una mano, justo a la altura de mi cara, y dijo "No".

- —¿Disculpa?
- —Debe quedarse conmigo. Estoy obligado a cuidarlo. Protegerlo. Debo permanecer con él.
- —Bueno, las cosas no son así, Genghis. Para empezar, una vez que esté en el salón de la maestra Hoyle, ella lo protegerá. Además, en realidad él no necesitará protección porque...

Ni siquiera estaba escuchando. Sólo sacó algunos lápices y otras cosas y se dispuso a dibujar algo.

La maestra Spendlove abrió su computadora portátil y tecleó algo por unos momentos.

—Ah —dijo, hablándole directamente al pequeño—; tienes que ir a otra clase, Kub...

Y empezó a tratar de pronunciar aquel nombre increíble, sílaba por sílaba. Pero antes de que pudiera decir la tercera sílaba, Genghis alzó la vista y dijo "No" otra vez. Así nada más.

Era la segunda vez que le decía no a la maestra. Una podía ser un error. Dos era una provocación. Definitivamente. Estábamos presenciando una lucha de poder.

La maestra Spendlove hizo el primer movimiento.

—¿Disculpa? —dijo.

—Llámelo Nergui —dijo él—. Es más fácil. Eso definitivamente era una provocación: decirle a la maestra Spendlove lo que tenía que hacer,

decirle que no era capaz de pronunciar el nombre real de alguien.

La maestra pasó por alto el comentario.

—Bueno, eso no es lo que tengo aquí —dijo, y trató de pronunciar de nuevo aquel nombre larguísimo.

Genghis se puso de pie.

Ella le clavó la mirada.

—Por favor —dijo él.

Por favor estaba bien. Por favor era una especie de rendición. Por favor definitivamente le daba puntos a ella

Cerró su computadora portátil muy despacio.

—De acuerdo —dijo—. Sólo por hoy puedes quedarte en esta clase, Nergui.

Genghis dijo "Gracias" y volvió a sentarse. Parecía que la victoria era para la maestra. Sólo que de alguna manera este niño había hecho todo lo que quería: su hermanito estaba sentado a su lado y lo llamaban por un nombre que no era el oficial. Tal

vez la maestra Spendlove lo percibió. Tal vez por eso decidió que tenía que hacer presión.

—Entonces, si te quitas el gorro, Nergui, podemos comenzar.

El niño no se movió, y Genghis tampoco. Ambos permanecieron sentados, con expresiones de ¿y ahora qué vas a hacer?, fingiendo que no entendían.

Ella lo intentó de nuevo.

- —Me temo que debes quitarte el gorro, Nergui.
- —No —dijo Genghis.

Ahora todo el mundo volteó a ver a la maestra.

—No podemos tener gente con gorro en la clase, Genghis.

Todo el mundo volteó a ver a Genghis.

Era como ver un partido de tenis de alta tensión.

- —Sería peligroso quitarle el gorro a mi hermano.
- —¿Cómo puede ser peligroso que se quite el gorro? ¿Su cabeza no está bien asegurada sobre su cuello?

Ella se rio de eso. La risa le dio cierta ventaja.

—No peligroso para él. Peligroso para usted—afirmó Genghis.

La maestra frunció el ceño. ¿La estaba amenazando?

—Si le quito el gorro, quizá se vuelva loco y mate a todos.

Definitivamente la estaba amenazando. Amenazándonos a todos. Con su hermanito.

- —Genghis...
- —Cuando usted necesita que su águila esté tranquila, ¿qué hace?
  - —No sé —la maestra miró al grupo.

¿Alguien sabía? ¿Por qué alguien tendría que saberlo?

—Por supuesto —dijo Genghis—, le cubre los ojos con una caperuza. Cuando usted quiere que el águila vuele y mate, le quita la caperuza. Mi hermano es mi águila. Con la caperuza puesta se mantiene bastante tranquilo. Sin la caperuza no sé cómo se comportaría.

Sexto año. Llevábamos seis años en la escuela y hasta ese momento creía que probablemente ya había aprendido todo lo que necesitaba aprender. Sabía cómo sacar el volumen de un cubo. Sabía quién había pintado *Los girasoles*. Podía contarte la historia de Santa Lucía. Conocía las líneas de descendencia de los Tudor y las líneas simétricas

y la importancia de comer cinco porciones de fruta al día. Pero durante todo ese tiempo no había recibido una sola lección de apaciguamiento del águila. Jamás había oído mencionar el tema. No tenía idea de que una persona podría requerir habilidades de apaciguamiento de águilas.

Y en ese momento sentí que mi propia ignorancia se extendía repentinamente a mis espaldas, como un par de alas, y cada cosa que no sabía era una pluma de aquellas alas. Podía sentirlas tironeando en el aire, inquietas por alzar el vuelo.

Quería hablar con el niño nuevo. Quería hablar de águilas. Pero Mimi parecía considerar todo el incidente de Genghis como una interrupción sin importancia a nuestra conversación sobre maquillaje. Sólo los chicos estaban interesados.

A la hora del almuerzo, docenas de ellos se amontonaron en torno de Genghis y Nergui para preguntarles si de verdad tenían águilas y qué tan grandes eran, y si Genghis era un mentiroso o no.

—¿Y dónde consigues águilas? ¿En la Comercial Aguileña?